

táis aun convencido, le decía un día á Narbona, vos que sabéis tanta historia? ¿No sucedió hace diez y ocho siglos que Mario aniquiló por dos veces los ejércitos del Norte y aplazó por tres siglos la invasión de los pueblos góticos? El exterminio de los cimbrios es el primer título de fundación del imperio, y esta misma sangre vertió el imperio bajo el solio de Trajano, que bajo el de Teodosio y Aureliano... Recordad á Souvaroff y sus Tártaros en Italia, la respuesta es arrojarlos más allá de Moscow,, (1).

Si Napoleón dijo eso, es que sabía muy mal la historia. No hay nada de común entre la Europa del imperio romano y la Europa del siglo XIX. A fines de la antigüedad, el mundo occidental estaba en plena decadencia, y fué el despotismo imperial el que había contribuido á aniquilarlo. Los Bárbaros tenían por misión el regenerarlo, trayéndole el principio de libertad que le faltaba. Hoy ya no hay Bárbaros, y no había misión para ellos. La Europa no está decaída, no tiene que esperar salvación alguna de los pueblos del Norte. ¡Cosa notable! Napoleón, se dice, que quería poner al Occidente al abrigo de nuevas invasiones bárbaras, estableciendo su sistema sobre las ruinas de la Rusia. Ahora bien, este sistema, la monarquía universal, es el que haría posible la invasión si aún hubiese Bárbaros. Gracias al sistema del emperador, se vió dos veces á los Rusos en París. Y este mismo sistema les allanaría la conquista, si estuviesen llamados á hacerla. En el siglo IV, los Galos ni aun se defendieron contra los Bárbaros; y en 1813, excepto un puñado de heroicos soldados, los Franceses dejaron también invadir su suelo por los Bárbaros, sin oponerles ninguna resistencia. Hé ahí cómo hubiera salvado Napoleón á la Europa. ¡Singular salvador el que preparaba su ruina!

Es preciso dejar esos vanos pretextos. La verdad es que la guerra de Rusia fué una guerra sin ton ni son. Alejandro dijo, y repitió, que no quería la guerra: "Os lo declaró por mi honor, dijo á Caulaincourt, no tiraré el primer cañonazo. Creedme, no os engaño, no quiero la guerra. Mi nación, aunque ofendida por las maneras de vuestro emperador respecto á mí, aunque alarmada por vuestras usurpaciones, como yo, no quiere la guerra,

(1) VILLEMMAIN, *Souvenirs contemporains*, parte primera, página 161-163 (de la edición en 12.º).

porque sabe sus peligros. Pero atacada, no retrocederá. Moriremos todos con la espada en la mano antes que dejarnos tratar como los Holandeses ó los Hamburgueses,, (1). ¿Esas protestas pacíficas se hacían para engañar? Mr. Thiers responderá por nosotros: "En cuanto á mí, como historiador sincero, queriendo á mi país más que nada en el mundo, pero no hasta el punto de sacrificarle la verdad, después de haber leído todos los documentos, debo declararlo, el emperador Alejandro no quería la guerra. La temía profundamente, porque era para él, además de un gran peligro, la gran condenación de su política personal, la confesión de que se había engañado, adoptando la alianza francesa en Tilsit, la renuncia á la Valaquia y á la Moldavia, en fin, una temeridad inútil y sin objeto,, (2).

Sobre Napoleón solo pesa, pues, la responsabilidad de una guerra que mató trescientos mil hombres, con el fuego, la miseria y el frío. ¡Trescientas mil vidas sacrificadas á la loca ambición de un conquistador! ¡No hay que acusar á la intemperie de las estaciones! Aunque el emperador hubiera vuelto vencedor de Rusia, no sería por eso menos culpable; sería culpable aun cuando no hubiera inmolado más que una sola vida á su sueño de monarquía universal, porque tan funesto era el fin que perseguía, como sangrientas eran las vías por las cuales debía llegar á él. La historia debe pronunciar un juicio de condenación contra el gran culpable. Pero también las naciones deben sacar de ello una enseñanza. La Francia había confiado al emperador todas sus fuerzas y todos sus derechos, lo había armado de todo su poder sin guardar para sus hijos más libertad que la de morir (3). Cuando una nación se rebaja al estado de rebaño, ¿puede quejarse si se la envía al matadero?

II

Se lee en la proclama de Napoleón del 12 de Junio de 1814: "La Rusia es arrastrada por la fatalidad; sus destinos deben realizarse,, El empe-

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XLI tomo IV, p. 19.

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XL tomo III, p. 19.

(3) Es la bella expresión de VILLEMMAIN, *Souvenirs contemporains*, parte primera, p. 284.

rador escribió en el mismo sentido á Alejandro; es la última carta que le dirigió: "Comprendí entonces que la suerte estaba echada; que esa Providencia invisible, cuyos derechos é imperio reconozco, había decidido este asunto como tantos otros,, (1). Napoleón invoca la fatalidad, los destinos, la Providencia. La fatalidad era su ambición llegada hasta la locura. Los destinos que debían realizarse eran una espantosa caída, después de una grandeza sin igual. La Providencia de que Napoleón se atrevía á hablar cuando violaba audazmente las leyes que había dado á la humanidad, hizo su papel en esta guerra funesta; la justicia divina castigó al emperador. Un general de la Revolución, que se ocupaba en Londres en levantar planes de guerra contra Napoleón, Dumouriez, exclamó al ver al gran ejército marchar hacia el Norte: "Los que Júpiter quiere perder empieza por hacerlos ciegos,, (2). A decir verdad, no es Dios el que ciega á los hombres, ellos mismos se encargan de ese cuidado abandonándose á sus pasiones. La Providencia interviene para ejercer la justicia. Es el juicio de Dios que va á estallar sobre el culpable.

Avida de gloria, á la Francia le gustan los combates; pero la furia francesa no es jamás de larga duración; no podría serlo sin aniquilar á la nación. Fatigados los Franceses de las agitaciones revolucionarias, siguieron con entusiasmo al joven general que los conducía á la victoria; aclamaron también al primer cónsul, y las hazañas del emperador lisonjearon su vanidad. Pero cuando la política de Napoleón se fué haciendo cada vez más personal, la nación se separó de su jefe; aunque sea una raza militar por excelencia, se cansó de ser enviada al matadero (3). La expresión es histórica: es la conciencia nacional que se sublevaba contra aquel que durante tanto tiempo había admirado, y que ahora inmolaba generaciones enteras á su loca ambición. Dejamos la palabra á un historiador que le gustan las batallas y que se complace en las hazañas de su héroe: "¡Quiere sacrificar á todos nuestros hijos! Tal era el grito de las familias desde París hasta el fondo de las provincias las más recónditas. No se negaba el genio de

Napoleón, se hacía mucho peor, no se pensaba ya en él, para no acordarse más que de su pasión de guerra y de conquista. El horror que se había sentido en otro tiempo por la guillotina, se sentía hoy por la guerra. No se hablaba en todas partes más que de los campos de batalla de España y de Alemania, de los millares de moribundos, de heridos, de enfermos expirando abandonados, sin cuidados. Se representaba á Napoleón como una especie de demonio de la guerra, ávido de sangre, no hallándose á gusto más que en medio de las ruinas y de los cadáveres. Disgustada la Francia de la libertad por diez años de revolución, ahora estaba disgustada del despotismo por quince años de gobierno militar y de efusión de sangre humana de un extremo á otro de Europa,, (1). *Ese hombre está loco*, tal era lo que se oía en todas las bocas (2).

De ahí el espectáculo desolador que presentó la Francia en 1813. En el 93, la nación toda entera se levantó para defender la patria contra la invasión; millón y medio de republicanos rechazaron á la Europa coligada. En 1813, la nación permaneció inerte, como si no se tratase de ella. En efecto, no fué la Francia la que había provocado á la Europa, fué Napoleón; no era para la nación para quien se hacía la guerra, como en tiempo de la república; todo se hacía por y para el emperador: "He ordenado, he vencido, he hablado. Mis águilas, mi corona, mi sangre, mi familia, mis súbditos,, (3). Sólo se trataba de Napoleón; por el más monstruoso egoísmo, todo lo refería á él. Ahora el egoísmo se castigaba á sí mismo. La nación abandonó á su emperador. Cosa triste de decir: la invasión, el mayor mal de los males, fué saludada como un rescate (4).

En vísperas de la invasión se reunió el Cuerpo legislativo. Por la primera vez, se atrevió á elevar quejas á los pies del trono imperial: "Nuestros males, dijo, están en su colmo. La patria se halla amenazada en todos los puntos de sus fronteras. El comercio está destruido, la agricultura languidece, la industria expira. No hay un francés que

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. LI (t. V, página 308).

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. LIII (tomo V, p. 450).

(3) CHATEAUBRIAND, *Memoirs de ultratumba*.

(4) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. LIII (tomo V, p. 457). "Era desgraciadamente cierto que la aversión de la Francia por el despotismo y por la guerra debilitaba en ella el horror al extranjero."

(1) BIGNON, *Historia de Francia desde la paz de Tilsit hasta 1811*, c. XXXIII, p. 490, edición grande en 8.º

(2) DUMOURIEZ, *Carta del 12 de Mayo de 1812*, á lord William Bentinck (*Castlereagh papers*, t. VIII, p. 261).

(3) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XLIII (tomo IV, p. 149).

no tenga que curar una llaga cruel, ó en su familia ó en su fortuna., La guerra, una guerra incesante, es la causa de esos males. Es preciso que ceda el puesto á la paz. Los legisladores dicen esta verdad á Napoleón con miramientos infinitos: "El amor del honor militar y de las conquistas puede seducir á un corazón magnánimo, pero el genio de un héroe verdadero que desprecia una gloria comprada á expensas de la sangre y de la tranquilidad de los pueblos, encuentra su gloria en la felicidad pública que es su obra. La paz, la moral y la fuerza son el más firme sostén de los imperios., Toda la Francia repetía con el Cuerpo legislativo los votos que hacía por la paz. Los diputados de los departamentos suponen que esas son también las intenciones del emperador: "Tenemos por garantes de esos designios pacíficos, la adversidad, verídico consejo de los reyes, la necesidad de los pueblos, altamente expresada, y el interés mismo de la corona., El Cuerpo legislativo no quería una paz á toda costa; se limitaba á pedir "que no se continuase la guerra más que para la independencia del pueblo francés y para la integridad de su territorio., "Si la Francia se veía obligada á una guerra de independencia, sabría desplegar para el mantenimiento de sus derechos la energía, la unión y la perseverancia de las cuales había ya dado bastantes brillantes ejemplos. Unánime en sus votos para obtener la paz, lo será en sus esfuerzos para conquistarla, y mostrará una vez más al mundo que una gran nación puede todo lo que ella quiere, cuando no quiere más que lo que exigen su honor y sus justos derechos., (1).

Napoleón trató este voto tan justo, tan moderado, como una rebelión; ¡de tal modo había perdido la costumbre de oír la verdad! Conservó su ambición hasta la víspera de su abdicación. El Senado pronunció su destitución; en los motivos se lee que Napoleón había emprendido una sucesión de guerras, violando la constitución del año VIII, según la cual la declaración de guerra debía ser preparada, discutida, decretada y promulgada como una ley. Pero ¿quién fué el cómplice de esta violación de la constitución? El Senado. ¿Quién votó como una máquina las levadas de hombres, como se

(1) Informe hecho al Cuerpo legislativo por Saline el 18 de Diciembre de 1813 (*Histoire parlementaire*, de BUCHEZ y ROUX, tomo XXXIX, p. 451-458).

mandan unas cortas de árboles? El Senado. Damos poco valor á su tardía protesta: cobarde ante el emperador, hizo aún acto de cobardía proclamando su abatimiento. Hubo una manifestación más brillante de los sentimientos de la nación. El consejo municipal de París votó una declaración dirigida á los habitantes de la capital; se lee en ella: "Vuestros magistrados serian traidores hacia vosotros y la patria, si por viles consideraciones personales comprimiesen por más tiempo la voz de su conciencia. *Les grita que debéis todos los males que os abruma á un solo hombre.* El es quien todos los años, por medio de las quintas, diezma nuestras familias. ¿Quién de nosotros no ha perdido un hijo, un hermano, parientes ó amigos? ¿Por quién han muerto todos esos valientes? Por él y no por el país. ¿Por qué causa? Han sido inmolados, únicamente inmolados á la demencia de dejar detrás de él el recuerdo del más espantoso opresor que haya pesado sobre la especie humana... Ved ese vasto continente de Europa cubierto por todas partes de huesos de franceses confundidos con los de otros pueblos que nada tenían que ver los unos con los otros, que no se odiaban, que las distancias les libertaban de tener cuestiones y que no ha precipitado en la guerra más que para llenar la tierra con el ruido de su nombre. ¿Qué nos hablan de sus victorias? ¿Qué bien nos han hecho esas victorias funestas? El odio de los pueblos, las lágrimas de nuestras familias, la ruina de todas las fortunas, la viudez prematura de nuestras mujeres, la desesperación de los padres y de las madres á quienes de una numerosa posteridad no les queda ni la mano de un hijo para cerrarles los ojos., (1).

Hé ahí la expiación que los insurrectos españoles aumentaban á Napoleón. No es Moscú, no es Leipzig, no es Santa Elena, es la voz del pueblo proclamando que Napoleón es el autor de todos sus males. Se engañaba, sin embargo, como se engañan los que echan á otros la culpa de las desgracias que les hieren. ¿Quién dejó hacer el golpe de Estado del 18 brumario, año VIII? ¿Quién lo aplaudió? París y la Francia entera. La nación se entregó con un ciego entusiasmo á un hombre y lo invistió con la omnipotencia. Esto era legítimamente antemano todos sus extravíos, era provocarlos, por decirlo así. ¿No era el emperador el represen-

(1) LAMARTINE, *Historia de la Restauración*, lib. VI, § 30.

tante de la Francia? Lo que hacia la Francia, lo hacia con él. ¿De qué, pues, se quejaba? Si á los hombres no les gustase hacerse ilusiones, los Franceses hubieran debido decirse en 1813: "Sufrimos la pena de nuestra indiferencia que hemos tenido por la libertad y por las garantías que las consagran. Si hubiéramos mantenido las conquistas del 89, si hubiéramos dispuesto nosotros mismos de nuestro destino, no se nos hubiera enviado al matadero como viles rebaños.,

§ III.—La coalición.

N.º 1.—Las coaliciones contra el imperio.

En 1804, Gentz, el publicista de la coalición, escribió: "Todas las desgracias que ha sufrido la Europa, todas las que nos esperan aún, son el castigo, y es preciso decirlo, el justo castigo por haber sustituido con miserables miras de *interés privado* y de política menuda la causa sagrada del *derecho*., (1). Nada más cierto. Hemos dicho lo que fueron las coaliciones contra la república. Las que se formaron contra el imperio fueron igualmente egoístas. Los coligados no dejaron de invocar el interés general, la independencia de la Europa; concluyeron hasta por hacer un llamamiento á la libertad. ¡Pura táctica! Son reyes y emperadores los que hablan; ¡y han tenido jamás los príncipes otro móvil de su conducta que el interés? Vamos á oír la coalición de 1805; sus miras eran en el fondo las de 1813, las que prevalecieron en el congreso de Viena. Un célebre ministro, Pitt, fué el alma de la liga; hubiera querido unir la Europa entera contra Napoleón, mejor dicho, contra la Francia. En 1813, los coligados ostentaron los más generosos sentimientos por la nación francesa; no hacían la guerra más que á un hombre solo, decían. Pitt hará saber cuál fué el verdadero pensamiento de la coalición.

El tratado de 1805 contenía artículos manifiestos y artículos secretos. Nada más hermoso que la parte destinada á la publicidad. La Inglaterra y la Rusia convenían en emplear los medios más pronto y más eficaces para formar una liga de todos los Estados de la Europa, á fin de restablecer la

(1) *Memoires et lettres inédites du chevalier de GENTZ*, p. 6.

paz y el equilibrio general. Para alcanzar este fin, los coligados se proponían arrebatar á la Francia todas las conquistas que había hecho desde la Revolución; después querían fundar en Europa un orden de cosas que pudiese garantizar eficazmente la seguridad y la independencia de los diversos Estados y evitar toda usurpación futura. El fin no puede ser más legítimo. ¿Pero los medios? Gentz dice que lo que viciaba las coaliciones era que sacrificaban el derecho al interés. ¿Acaso es la idea del derecho lo que inspiraba á los coligados de 1805?

Hay en política derecho y derecho. ¿Era el derecho de los príncipes el que la coalición europea de 1805 quería proteger? En este caso hubiera sido necesario volver pura y simplemente al estado de cosas que precedió á la guerra. Los coligados lo hacían, pero imperfectamente, para ciertos Estados, las Provincias Unidas, la Suiza, la Cerdeña, la Toscana, Módena y el reino de Nápoles. Faltaban los Países Bajos austriacos, la orilla izquierda del Rin, las repúblicas de Génova y de Venecia, el reino de Italia, incluso las Legaciones, en fin, Parma y Plasencia. ¿Por qué no devolver esos países á sus antiguos dueños? Se les destinaba á engrandecer el Austria y la Cerdeña, así como la Prusia, si accedía á la coalición. ¿Con qué *derecho*? Si es por el derecho monárquico, ¿no se debían restaurar los electores eclesiásticos? ¿No se debía restituir al papa las tres Legaciones? ¿Y por qué sacrifican Venecia y Génova? Porque eran repúblicas. Pero la Suiza también era una república; además, cuando se trata de posesión, el derecho de las repúblicas es tan sagrado como el de los reyes. ¿Qué sería si invocásemos el *derecho* verdadero, el de los pueblos? Los Belgas, los Renanos, los Genoveses y los Italianos, de los cuales se disponía sin ellos y contra ellos, ¿no podían preguntar á los coligados con qué derecho los trataban como rebaños? ¡Qué! los aliados hacían un crimen á Napoleón haber reunido Génova á la Francia, y ellos anexionaban los Genoveses á la Cerdeña. Gentz, el publicista de Viena, dice que la reunión de la república de Venecia al Austria fué un abuso de la fuerza de que ella misma se avergonzaba, y ahora recibía no tan sólo Venecia, sino las Legaciones y la Lombardia, sin escrúpulo ninguno. Hé ahí el *derecho* tal como lo entendía la coalición. Ciertamente, cuando repartía la Europa como una